

A MANERA DE PRESENTACION

✓ A ESCASOS AÑOS DEL NUEVO MILENIO, en América Latina el doloroso proceso de transición de la premodernidad a la modernidad está aún lejos de consumarse, al punto que no es aventurado afirmar que nuestro continente se halla apenas a mitad de camino en dicha evolución. En efecto, la idea de modernidad en cuanto paradigma cultural ligado al desarrollo de los procesos de comercio e industrialización, hace referencia a un conjunto de características mínimas cuya presencia a nivel latinoamericano resulta discontinua, por decir lo menos, y entre las que se cuentan: la despersonalización de las formas de dependencia (paso de la sujeción fundada en consideraciones de sangre, raza, honor, etcétera, a la sujeción fundada en normas); el “desencantamiento” del mundo —para usar la nomenclatura de Theodor Adorno—, es decir, el abandono de las explicaciones “mágicas” o providencialistas de la realidad en favor del análisis lógico y la demostración empírica; y la racionalización tanto de las relaciones sociales como de la relación hombre-naturaleza. En tales condiciones, la búsqueda de la modernización —que fue una preocupación constante de buena parte de los sectores dirigentes latinoamericanos desde el momento mismo de la independencia, tal y como se señala en el artículo **Florentino González y los demonios del siglo XIX**, en donde se relievaa el papel desempeñado por el colombiano en esa dirección— es hoy por hoy un fantasma que sigue sin ser atrapado, al punto que el escritor chileno Enrique Cantolla ha optado por hablar de **La cruz de nuestra modernidad** para hacer alusión al desgarramiento y las dificultades por las que ha